

Jaime Vergara

(BOLIVIA)

EL BONAPARTISMO Y SUS CIRCUNSTANCIAS PORTUGUESAS

I

“*El motor de la historia es la lucha de clases*”. Esta definición metafórica, que es al mismo tiempo el resumen de todas las constataciones empíricas que se pueden hacer antes de proceder al análisis científico de un fenómeno social, plantea desde un comienzo la exigencia de efectuar un desplazamiento del enfoque cuando se trata de comprender la realidad que se oculta detrás de esas expresiones metafóricas que, con la fuerza de un mito, nos han presentado como “*motor de la Revolución portuguesa*” al Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) o, más precisamente, a la “*alianza Pueblo-MFA*”.

Sólo a partir del terreno de los “*hechos*” objetivos, es decir, de las características de las luchas de clases en un período histórico determinado, es como se podrá construir la conceptualización necesaria para la comprensión de lo que realmente es el MFA y del significado de su peculiaridad histórica.

Mas, por otra parte, la universalidad de los conceptos científicos es lo que justamente permite descubrir la especificidad de los fenómenos sociales y conocerlos adecuadamente, más allá de la presunción de una originalidad a ultranza que termina por invalidar toda generalización y negar cualquier posibilidad de una conceptualización universalmente inteligible.

En este sentido, hay conceptos de la teoría política que han demostrado su idoneidad para el análisis de ese fenómeno contemporáneo, que ya no es privativo de América Latina o de ciertos países del Tercer Mundo y que consiste en ver a unas Fuerzas Armadas profesionales liderizando un proceso revolucionario de carácter anticapitalista. Uno de esos conceptos es el de bonapartismo.

El bonapartismo aparece como un fenómeno natural del desarrollo de la lucha de clases en un país capitalista en unas condiciones bien determinadas que, en su conjunto, constituyen una *"crisis política de equilibrio"* entre las dos fuerzas de clase principales, es decir, el bloque burgués en el poder y el campo del proletariado. Ese equilibrio resultaría del hecho general de que *"la clase burguesa ha perdido ya y la clase obrera no ha adquirido aún la facultad de dirigir la nación"* (Marx) o de un hecho particular como el que *"la burguesía es todavía impotente"* para aplastar a los órganos del poder popular (los soviets), mientras que éstos *"son ya impotentes para ofrecer una seria resistencia a la burguesía"* (Lenin).

Son esas circunstancias críticas las que darían lugar a una forma específica de régimen político, caracterizado por el elevado grado de autonomía que adquiere el Estado respecto de las clases dominantes. El núcleo del poder estatal bonapartista aparece situado por encima de las clases sociales, como *"árbitro"* de los dos campos en lucha, con el objetivo de salvaguardar el orden social amenazado.

En efecto, la crisis política, que permite el surgimiento del fenómeno bonapartista, puede presentarse como una auténtica *"crisis de hegemonía"* del poder de la clase dirigente (se habla de *"crisis de autoridad"*), que engendraría una situación de equilibrio de fuerzas *"con una perspectiva catastrófica"* (Gramsci), es decir de tal modo que la continuación de la lucha sólo puede terminar con la destrucción recíproca de ambos antagonistas.

El elemento militar (las Fuerzas Armadas de la Nación) suele ser el elemento idóneo para el desempeño de ese papel de *"árbitro"* de la lucha de clases, en cuanto que la institución militar no tiene programa propio y su misión social es justamente la de garantizar el orden establecido. Esto no quiere

decir que no se deba distinguir un bonapartismo “progresivo” de otro “regresivo”, uno reformista y el otro conservador. Pero, en cualquier caso, la política bonapartista resulta descansando realmente sobre un aparato burocrático (civil y/o militar) dominado por un “jefe” o por el alto mando militar.

En resumen: el bonapartismo sería un régimen autoritario, generalmente de carácter militar, que corresponde a una determinada forma del estado capitalista (es decir, de la dominación política de la burguesía sobre el resto de la sociedad), en una coyuntura en que esa dominación de clase se halla en crisis. Lo que diferencia específicamente al bonapartismo de otras formas de régimen capitalista “de excepción” radicaría en que es la expresión de una situación de equilibrio relativo de la lucha de clases, en la que las dos fuerzas de clase principales llegan a una neutralización recíproca y provisional, hasta que el equilibrio se rompe en favor de una de ellas.

A la luz de estas hipótesis de trabajo se puede intentar englobar la “*experiencia portuguesa*” dentro de un marco analítico que conciba al régimen surgido del golpe de Estado del 25 de abril de 1974 como un régimen bonapartista. El examen de las condiciones particulares que determinan tanto el nacimiento como el desarrollo del “*bonapartismo portugués*” permitirá entonces descubrir la verdadera peculiaridad del papel desempeñado por el MFA, así como sus alcances y posibilidades.

II

1. El golpe de Estado del 25 de abril aparece como el efecto de un conjunto complejo de causas, que reflejan una crisis generalizada del Estado capitalista portugués y una exacerbación aguda de las luchas de clases:

a) La crisis económica, que expresa el agotamiento del “*modelo de desarrollo*” salazarista/caetanista y que se manifiesta en los elevados índices de inflación, el descenso de la producción, un déficit comercial y una crisis financiera insólitos en la historia reciente del país, además de la sangría económica que supone la guerra. A todo lo cual corresponde “*el movimiento reivindicativo más importante desde los años cuarenta*”, con un

promedio de 52 huelgas por semana y la participación de 200.000 trabajadores desde octubre de 1973 hasta abril de 1974.

b) La crisis militar, que es una crisis moral, de confianza y de disciplina, directamente provocada por el fracaso de la guerra en Africa y por los desaciertos de la política gubernamental. Se manifiesta en el intento golpista del general Kaulza de Arriaga, en la publicación de las tesis "*políticas*" del general Antonio de Spínola, en su posterior destitución junto con la del jefe del Estado Mayor General, general Francisco da Costa Gomes, y especialmente en la rápida politización del Movimiento de Capitanes.

c) La crisis política, que es la bancarrota del caetanismo y del falso "*aperturismo*". Las elecciones de octubre de 1973 son la ocasión para una ofensiva de la oposición legal al régimen, mientras que la oposición ilegal se manifiesta masivamente y la resistencia armada de varias organizaciones multiplica sus operaciones. Al mismo tiempo, la debilidad política del régimen se hace patente al no poder reaccionar de otra forma más que redoblando la represión.

d) La crisis diplomática, que coloca al régimen en la peor situación externa en tiempos de paz: un aislamiento político que crece en la misma medida en que los movimientos de liberación de las colonias van adquiriendo mayor prestigio internacional. El descrédito mundial en que cae el régimen caetanista, ilustrado por la condena de su política colonial por parte de las Naciones Unidas, contribuye para agudizar aún más sus contradicciones internas.

e) La crisis ideológica, que no sólo se expresa en la constante agitación política de las universidades y en la participación masiva de los sectores intelectuales en las filas de las diversas oposiciones, sino también en el divorcio que se va gestando entre el régimen y su principal pilar ideológico: la Iglesia Católica. Tanto en la metrópoli como en las colonias se levantan voces de la jerarquía para denunciar la política de genocidios y el "*triunfalismo sin horizontes*" del gobierno.

2. Una vez consumado el golpe, la Junta Militar que asume el gobierno por delegación del Movimiento de Capitanes (que ahora ya se denomina Movimiento de las Fuerzas Armadas) se ve enfrentada, súbitamente, a un fenómeno completamente inesperado, que es, sin embargo, desencadenado por el mismo

golpe: el brusco pasaje de amplias masas de la pasividad política a una actividad reivindicativa espontánea y desordenada.

En realidad, la explosión de esta dinámica popular viene a ser la prolongación del movimiento reivindicativo anterior al 25 de abril, sólo que multiplicado muchas veces. La efervescencia social crece de día en día, cientos de huelgas "salvajes" florecen en todo el país y arrastran a todos los sectores de ocupación. Las reivindicaciones se precisan: 6.000 escudos de salario mínimo, saneamiento de los ex-colaboradores del antiguo régimen. Surgen espontáneamente las primeras organizaciones obreras de base: las comisiones de empresa y las comisiones de trabajadores.

De este modo va formándose la base de lo que se podría denominar el "campo revolucionario". Frente al peligro de la "anarquía" y del "caos económico" se alza el Presidente de la Junta, general Spínola, reclamando orden y disciplina. Bajo el carisma spinolista se congregan todos aquellos que resultan constituyendo toda una tendencia del MFA: los tradicionalistas, militaristas y conservadores, "fieles al dogma de que el Ejército no es político" y que se aglutinaron tan solo por el objetivo golpista.

En contraposición, otra tendencia se va perfilando en el seno del MFA, compuesta por los "políticos", progresistas, ávidos de reformas y fieles a la intención global del Programa del MFA, que es la de crear una democracia de tipo occidental, aunque con un cierto grado de socialización. Estos se atrincheran en la Comisión Coordinadora del Programa del MFA (CCPMFA). Son el elemento "bonapartista" del nuevo régimen y llegarán a modificar su contenido social en la medida en que, por lo menos, asumen una actitud de tolerancia hacia la dinámica popular.

3. Los sucesivos intentos de los spinolistas para disolver la CCPMFA e imponer una dictadura militar no sólo consagran la división del MFA en dos grandes corrientes, sino que, al fracasar, se saldan con el fortalecimiento del "ala progresista" del MFA. Particularmente importante es la auténtica "lucha por el poder" en que se enzarzan ambas tendencias a raíz del fracaso del "golpe de Estado constitucional" del primer ministro Palma Carlos, en julio de 1974, y que parece plantearse en términos de fórmula: "a la brasileña o a la peruana". Cuando

la CCPMFA logra imponer al coronel Vasco Gonçalves como primer ministro, es el elemento "bonapartista" del MFA que encuentra un "jefe" y gana definitivamente su derecho a existir, preparándose para las nuevas batallas hacia la conquista del poder político.

Mientras tanto, la economía ya refleja en su estructura los efectos del proceso político desencadenado en abril. En vísperas del 28 de septiembre, el periodista Mario Ventura Henriques podía publicar el siguiente diagnóstico del momento:

a) Ni el capitalismo prosigue su actuación de siempre, perfectamente posible si se considera que el sistema no ha sido modificado.

b) Ni el Gobierno provisional ha llevado adelante, de forma radical, el punto seis del Programa del MFA (el anuncio de "una nueva política económica, puesta al servicio del pueblo portugués, en particular de las capas de la población hasta ahora más desfavorecidas... lo que necesariamente implicará una estrategia antimonopolista").

c) Ni la clase trabajadora ha sido, hasta este momento, suficientemente fuerte como para poder determinar por sí misma las transformaciones más profundas de la sociedad portuguesa.

Es decir, en términos políticos, el terreno ideal para la aparición de un régimen bonapartista.

4. Es propiamente a raíz de la crisis del 28 de septiembre cuando el régimen militar se habría transformado en bonapartista. En efecto, la lucha entre las dos tendencias principales dentro del MFA culmina con la imposición de la hegemonía de la CCPMFA y con el descabezamiento del spínolismo. El nuevo poder proclama irreversible la construcción de la democracia en Portugal.

Ahora bien, para poder imponer su hegemonía y vencer al enemigo, la CCPMFA y el COPCON (su brazo armado) han debido apoyarse justamente en el elemento popular, es decir, en esa dinámica de masas desencadenada en abril, que ha progresado cualitativamente y que ahora se ha plasmado en una movilización política, dirigida por las organizaciones obreras, que ha sido decisiva para el aplastamiento de la intentona spínolista.

De este modo, el poder militar surgido del 28 de septiembre aparece como el prototipo de un bonapartismo progresista: un régimen autoritario, liderizado por el Consejo de los Veinte del MFA, apoyado en un movimiento popular rápidamente controlado bajo la consigna de la *"alianza Pueblo-MFA"* y sustentado por una burocracia militar (el MFA) y civil (casi exclusivamente provista por el Partido Comunista Portugués y el Movimiento Democrático Portugués) que aparece situada por encima de la lucha de clases.

La relación de fuerzas en equilibrio que expresa el régimen se manifestaría sintomáticamente en la ambigüedad crónica inherente a todos los actos de poder. Así, por ejemplo:

a) La aprobación del Programa de Política Económica y Social del gobierno, después de meses de laboriosa gestación, resulta siendo una especie de compromiso entre las fuerzas que persiguen una reestructuración del modo de producción capitalista y las fuerzas que quieren transformar la estrategia anti-monopolista en una *"transición hacia el socialismo"*. De ahí que el texto sea susceptible de diferentes *"lecturas"* o interpretaciones. El programa es deliberadamente definido como *"el punto de convergencia posible entre el MFA y las fuerzas políticas que participan en el proceso democrático en curso"*.

b) El apoyo que el MFA otorga a la tesis de la *"unicidad sindical"* es equívoco en su sentido. Formalmente es la expresión de una opción por el campo del proletariado. Realmente, sin embargo, el elemento proletario aparece mediatizado por unas estructuras (Partido Comunista Portugués e Intersindical Nacional) que de hecho forman parte del aparato estatal bonapartista. Entonces, más que a reforzar el campo *"revolucionario"*, la opción del MFA contribuye en verdad a reforzar la autonomía relativa de su propio poder respecto de las clases económicamente dominantes.

5. El once de marzo marcaría la etapa de la consolidación del poder político bonapartista, a lo cual correspondería ideológicamente la *"opción"* del régimen por el socialismo y la institucionalización del MFA como *"motor de la Revolución"*.

Es importante precisar la situación reinante en vísperas del once de marzo en la relación de fuerzas políticas. Bajo la égida del arbitraje bonapartista, los partidos representantes del *"campo burgués"* (principalmente, el Partido Socialista y el Partido

Popular Democrático) habían acumulado fuerzas y se preparaban para una auténtica “recuperación” del poder político por la vía electoral. Sus posibilidades de éxito en la operación estaban de antemano aseguradas, tanto más cuanto que parecían haber logrado boicotear los esfuerzos del MFA para salvaguardar su hegemonía bonapartista mediante un “pacto constitucional” con los diferentes partidos.

Por su parte, el “campo proletario” aparecía “ocupado” mayoritariamente por el aparato burocrático del Estado bonapartista, lo cual parecía bloquear la posibilidad de su transformación en “campo revolucionario”, es decir, en el centro de una amplia alianza de clases y fracciones de clase susceptibles de ser unidas. Por último, las clases sociales intermedias parecían oscilar hacia el “campo burgués”, lo que quedaría verificado en los resultados electorales. Todo, pues, parecía indicar un próximo fin del régimen de excepción o de transición y su sustitución por un régimen democrático burgués.

En este sentido se puede entender que el establecimiento de la hegemonía del “proceso revolucionario” sobre el proceso electoral, que el once de marzo hace posible, es propiamente la consolidación de la hegemonía del bonapartismo sobre la “restauración” pacífica burguesa.

En cuanto a las nacionalizaciones, en sí mismas no significan nada. Son medidas técnicas de estatización, que políticamente pueden servir “en ambas direcciones”. Su sentido político depende del carácter de clase del poder estatal, es decir, de la capacidad social de una de las clases para disponer del sector estatal de sus intereses.

6. Paradójicamente, la consolidación del régimen bonapartista parece ser el comienzo de su disgregación. Los factores de la situación actual serían los siguientes:

a) El “campo burgués” se refuerza al máximo, gracias a su victoria electoral, a la polarización del campo capitalista internacional en su favor y a la indiscutible ventaja de recursos inmediatos con que cuenta a la hora de enfrentarse con la gravísima crisis económica por la que atraviesa el sistema portugués. Sus posibilidades no sólo radican en la hipotética utilización de la Asamblea Constituyente como “base de apoyo” para un golpe de Estado “legal”, sino también en su capacidad de

movilizar masas, y dependen en gran medida de la relación de fuerzas que se establezca en el seno del MFA.

b) El “*campo proletario*” también se fortalece con el florecimiento de múltiples “órganos de poder popular”, cuyo común denominador sería el de constituir verdaderos frentes únicos proletarios de base, capaces de superar eficazmente los conflictos partidarios y de proponer soluciones marcadas por sus intereses de clase. Al mismo tiempo son gérmenes de una alianza de clases susceptible de soldarse en un “*bloque social*” revolucionario. La gran novedad del fortalecimiento del “*campo proletario*” está en la correspondencia que ha encontrado en el seno mismo del poder estatal bonapartista, expresada tanto en el “documento-guía” para la institucionalización de la “*alianza Pueblo-MFA*” como en el comportamiento y la actividad práctica de ciertas unidades operacionales del COPCON.

c) El poder bonapartista resiste hasta el final a los efectos disgregadores producidos por la agudización de la tensión entre las dos fuerzas de clase principales, a través de fórmulas de compromiso de dudosa eficacia, tales como el Plan de Acción Política del Consejo de la Revolución o la concentración del poder en manos de un triunvirato. No obstante, su aislamiento es cada vez más acusado, del mismo modo que es más frecuente su recurso a métodos burocráticos de gobierno. El “*comienzo del fin*” podría ser el momento en que sus contradicciones, que dentro de las diversas instancias del MFA oponen entre sí a las distintas “*tendencias*” bonapartistas, asumen un carácter antagónico.

d) Al revelarse casi imposible la manutención del “*equilibrio bonapartista*”, a pesar de los esfuerzos del poder por conservarlo o prolongarlo —como su condición misma de existencia—, crecen las posibilidades de una “*regresión histórica*” hacia la forma de régimen de la cual emergió el bonapartismo portugués, es decir, el fascismo. Uno de los índices de esta posibilidad es el sentido de la movilización política de ciertas capas intermedias, agitadas por el doble espectro de una crisis económica y de una crisis de autoridad. Tal “*salida*” equivaldría a “*la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto con la instauración de la paz de los cementerios y, en el peor de los casos, bajo la vigilancia de un centinela extranjero*” (Gramsci).

III

El aspecto más interesante de la teoría del bonapartismo aplicada a la situación portuguesa es, quizás, el que se refiere a la "crisis de la transición" de una forma de régimen político a otra en el marco del mismo tipo de estado capitalista. Se trata de la posibilidad de que la crisis de hegemonía del bloque en el poder desemboque en una "situación revolucionaria", en su significado leninista, cuyas condiciones objetivas generales serían:

- a) Imposibilidad para las clases dominantes de mantener sin cambios las formas de su dominación.
- b) Agudización de los efectos negativos de las crisis económicas para la vida de las clases dominadas.
- c) Considerable ascenso de la actividad independiente de las masas.

Se sabe que, en Portugal como en cualquier otra sociedad, la revolución propiamente dicha requiere, además de esas condiciones objetivas, un factor "subjetivo", que consiste en la capacidad político-militar de la clase revolucionaria para unir y dirigir a las amplias masas en la construcción de un nuevo tipo de poder.